

LA OLIMPIADA ECONOMICA

(The Wall Street Journal. Editorial)

Si ustedes creen que es difícil ganar un descenso en esquí, prueben las cuestas de la teoría económica. Hemos observado en los últimos días las actuaciones de tres de los más notables pensadores económicos del mundo, a efectos del otorgamiento de los correspondientes galardones, y nuestros jueces están preparados. Los contendientes son:

Edouard Balladur, Ministro de Hacienda de Francia, quien / expuso en estas páginas sus ideas sobre la manera de eliminar / las recientes convulsiones que han afectado al sistema económico internacional.

El Papa Juan Pablo II, que acaba de publicar una encíclica de 20.000 palabras sobre el desarrollo económico.

Beryl Sprinkel, cuyo informe anual del Consejo de Asesores Económicos ataca la política monetaria "contractiva" de la Reserva Federal, la cual, según el mismo informe, condujo en parte a la crisis de la Bolsa del pasado octubre.

El veredicto es el siguiente: Edouard Balladur obtiene la medalla de oro. El Papa Juan Pablo II consigue la de plata. Y Beryl Sprinkel recibe la de bronce, aunque por respecto a otros que hayan obtenido medallas de este metal, en esta ocasión será de plástico.

La verdad es que mientras la religión católica plantea pocos problemas a la economía, el fanatismo de los monetaristas - puede ocasionar graves perjuicios. Sprinkel y sus correligionarios, en efecto, dan la impresión de estar reclusos alrededor

del tabernáculo de su M sin ni siquiera asomarse a contemplar lo que ocurre fuera del templo. La política monetaria del Fed, en medio de las turbulencias de 1987, sólo puede ser considerada / contractiva por alguien que se complazca sólo en la oferta monetaria.

Mientras tanto, la iglesia católica ha estado observando el mundo exterior, exponiéndose al frío y el calor, visitando países ricos y países pobres. Esto ha hecho que Juan Pablo se sintiera deprimido por lo que ha visto: crecimiento lento, paro, escasas perspectivas. Por supuesto, el Papa pasa por alto los propios / errores de los países en desarrollo. Sus alusiones a la avaricia, al egoísmo, recuerdan demasiado los tópicos del sermón dominical. Pero acierta cuando se refiere a las excesivas fluctuaciones de los tipos de cambio y de los tipos de interés, que juegan en contra de las balanzas de pagos y de la deuda de los países más pobres.

Históricamente, la tarea de dirigir el mundo en períodos conflictivos ha recaído en la potencia económica dominante. Ahora bien, poco hay de ésto en el informe anual de Sprinkel. Tal vez sea por ésto por lo que los franceses, siempre dispuestos a asumir el papel de líderes, están intentando ahora marcar la pauta. Balladur merece ser escuchado. Su idea más brillante es aquella según la cual cualquier sistema de coordinación económica ha de ser simple. Debe quedar perfectamente claro, en efecto, que / cualquier intento de coordinar las complejas políticas macroeconómicas internas será un fracaso. En cambio, las monedas de todo el mundo deberán encontrar un patrón común. Balladur habla del / oro, reconoce las dificultades prácticas del mismo, pero cree / que ha de tener un papel en la futura ordenación del sistema. Estamos de acuerdo, dice el Journal.

Por lo menos, Balladur está en lo cierto cuando dice que ha llegado la hora de que los principales países estudien este tema. Sprinkel, afortunadamente, no es el único interlocutor posible / dentro de la administración Reagan. Posiblemente Balladur podría

encontrar a alguien válido en el Consejo Nacional de Seguridad, o en la Oficina de Pesas y Medidas, o incluso, tal vez, en el / departamento del Tesoro. En último término, y a falta de otra / cosa, siempre puede probar en el Vaticano.